

Acerca de Perseo y Medusa

Victoria Ivy

Se ha escrito mucho ya acerca del mito de Perseo y Medusa, una de las narraciones fundacionales de la cultura griega y relato arquetípico que, según autores como Joseph Campbell o Robert Graves, contiene prácticamente todos los elementos básicos de las aventuras de los mayores héroes y heroínas desde la más remota Antigüedad hasta la Edad Contemporánea.

Ya los autores clásicos encontraban un especial interés por desgranar los elementos básicos de esta historia atemporal: algunos, como Pausanias o Pseudo-Apolodoro, recogían las diversas versiones del mito en busca de un fondo común o mitema; otros, mucho más valientes, como Diodoro de Sicilia, trataban de interpretar el mito desde la perspectiva “realista”, casi histórica, del evemerismo: los dioses no eran tal cosa, sino solo antiguos reyes divinizados en el culto. Del mismo modo, los monstruos como Medusa debían ser interpretadas como divinidades, personalidades o simplemente tradiciones extranjeras o contrarias al discurso imperante, que fueron demonizadas y transformadas en monstruos de apariencia horrenda al servicio de los textos épicos y mitológicos de carácter patriarcal.

Esta misma es la opinión de la célebre arqueóloga y antropóloga Marija Gimbutas, que planteó la existencia de un primigenio culto a la diosa madre anterior a la llegada de los panteones masculinos indoeuropeos. Aunque no existan pruebas arqueológicas suficientes para demostrar esta teoría, Campbell, Graves, James George Frazer y muchos otros autores y autoras han defendido esta visión de la historia, que explicaría el mito de Perseo y Medusa de la siguiente manera: Medusa no era en realidad el monstruoso demonio con rostro terrorífico hijo de Forcis y Ceto, leviatanes marinos, sino una diosa luminosa y benéfica en toda regla, que tuvo la mala suerte, o el mal destino, de cruzarse con Zeus y su estirpe de hombres destructores de todo rastro del culto a la feminidad.

Sorprendentemente, y en contra de la sólida tradición masculina consistente en desterrar, decapitar, aplastar e incinerar a mujeres y criaturas de sexo femenino en todas las culturas (Tiamat, Lilith, Equidna, la madre de Grendel y muchas otras), durante el periodo helenístico se revirtieron estos orígenes primitivos y aterradores del mito de Perseo para redibujar a Medusa no como un monstruoso reptil infernal, sino como una diosa hermosa e inocente que fue víctima de la violación de Poseidón. En esta versión posterior y mucho más

humana, Poseidón simboliza la fuerza bruta y transgresora del hombre y sus privilegios, mientras que la desmedida condena de Atenea presenta a la diosa como una clara aliada del poder patriarcal, pues en vez de tenderle la mano da la espalda e incluso castiga a una mujer violentada.

En la actualidad, aunque pervive la versión tradicional, la cultura popular ha seguido transformando el mito de Perseo y Medusa a favor de la igualdad: existen multitud de relatos, comics, series de televisión, películas y videojuegos en los que tanto Medusa como muchos personajes legendarios y mitológicos femeninos tradicionalmente malvados reivindican su inocencia y dejan de ser villanas para convertirse en heroínas. Podemos encontrar un ejemplo encantador de este fenómeno en un telefilme de bajo presupuesto cuyo título no recuerdo, pero cuyos fotogramas quedaron grabados a fuego en mi mente cuando lo visualicé una tarde de invierno cuando era pequeña: una incomprendida Medusa, que no quería dañar a nadie, conseguía escapar de su prisión eterna gracias a la ayuda de unos amigos que le entregaban unas gafas mágicas anaranjadas que bloqueaban su mirada petrificante. Por primera vez en miles de años, Medusa era libre para regresar al mundo de los hombres sin sufrir represalias.

Ahora bien, aunque pueda parecer que el buen nombre de Medusa y todas las diosas, criaturas fantásticas femeninas y mujeres de leyenda estén siendo defendidos a capa y espada en la actualidad, a mi parecer queda aún mucho trabajo por hacer. De acuerdo, Medusa no era una criatura deforme y malvada, sino una mujer inocente del mismo modo que Eva o Pandora solo eran origen del pecado desde la perspectiva del heteropatriarcado. Y sin embargo, cada vez que una busca una imagen en *Google* o acude a una historia de ficción, suele encontrarse con una Medusa llorosa e impotente, una dócil víctima que no mueve a la indignación y la lucha por la igualdad sino solo a la tristeza y el miedo.

Si de verdad queremos reelaborar el mito de Medusa para voltear las tornas, Medusa, aunque víctima, no debería emplearse como un símbolo del llanto, no debería recordar a una pasiva y doliente virgen de la Piedad que se sostiene a sí misma. ¿No alza el Perseo de Cellini, victorioso, la cabeza arrancada de Medusa? Que la Medusa del siglo XXI sostenga entonces la cabeza arrancada de Perseo, o la de Poseidón, o la del mismísimo Zeus, padre de dioses y mortales, símbolo del patriarcado. ¿Por qué no aunar las dos tradiciones? Medusa es mujer, Medusa es diosa, pero Medusa es también un verdadero demonio, un poder ancestral, misterioso e inabarcable, muy anterior al hombre y sus delirios de grandeza. Decían los espartanos cuando, en las guerras médicas, sus enemigos persas los instaban a deponer las armas: «¡Venid por ellas!». Yo prefiero imaginar un mito en que Medusa no necesita la pena y la ayuda de sus hermanas mujeres, sino que ella misma es capaz de plantar cara a dioses y hombres por igual.

—Oh, Perseo —diría una nueva Medusa, la Gorgona de nuestros tiempos—, ¿por qué te has tomado la molestia de cruzar el mundo en mi busca? ¿Acaso deseas hacerte con mi cabeza? Muy bien. En ese caso, hijo de Zeus: ¡Ven por ella!